



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 24

Mi dulce Prisionera

Dayu volvió atrás y continuó leyendo por donde lo había dejado. La protagonista de aquella historia sufría sin duda del síndrome de Estocolmo, pensó. Era aquella reacción que se manifestaba en las víctimas secuestradas o violadas que terminaban mostrando afecto contra su secuestrador. Las razones, a saber. Dayu prosiguió con la lectura.

Por más que lo intentaba, no podía soltarme, tenía los brazos entumecidos y las muñecas doloridas. Un rugido de tripas resonó en mi interior, tenía mucha hambre, no sabía el tiempo que había permanecido allí. Las voces seguían hablando, parecía una discusión pero ya no entendía nada, mis lágrimas empaparon la venda de mis ojos. Tenía hambre y frío... Al cabo de otro rato las voces cesaron y alguien entró de nuevo, mi corazón se sobresaltó y permanecí alerta. Esta vez entró otro aroma que hizo que las tripas rugiesen de nuevo, comida caliente. Me incorporé de inmediato.

— Ya estás despierta, bien... tendrás hambre, imagino.

Aquella voz sonó amable a pesar de todo, pero yo lo único que pensaba era en comer, aunque quizás pudiesen envenenarme... no, si me quisiesen muerta, ya me habrían matado.

— ¿Qué... qué queréis de mí? ¿Por qué me hacéis esto? —me atreví a preguntar.

El hombre de nuevo se sentó en la cama, entonces pude captar su olor y la forma en la que sentó, sí... era el de antes. Debió pasear el cuenco de ramen caliente por delante de mi nariz pues sentí el calor humeante y el aroma de los fideos que se me antojaban en aquel momento como el mejor de los placeres. Pero no contestó a mis preguntas.

— Abre la boca —se limitó a decir. Obedecí, realmente quería comer.

Me resultaba demasiado extraña aquella amabilidad, incluso podía oír como aquel tipo soplaba antes de darme el siguiente bocado para que no me quemase, como si estuviese alimentando a una niña pequeña. Más que miedo, una vergüenza extraña me invadió el corazón. Él podía verme y yo no podía ver nada, además maniatada como estaba, era terriblemente doloroso. Al terminar me limpio la boca cuidadosamente con lo que sería una servilleta.

— Gracias —se me ocurrió decir.

— Dadas las circunstancias, no deberías agradecer nada.

Ahora ya estaba claro, algo querían de mí, la cuestión era averiguar el qué.

— ¿Cuánto habéis pedido? Puede que sea de una familia noble pero no soy nadie...

— A mí no me interesa el dinero, solo tengo que darte de comer. —dijo mientras se levantaba. En sus palabras había un deje como de molestia, como si no le gustase lo que hacía. Entonces caí en la cuenta, la discusión que había oído antes, es probable que entre ellos mismos hubiese diferencias o diversidad de opiniones sobre algo.

— Yo... necesito ir al servicio.

El hombre chascó la lengua, entonces le sentí el aliento, debía estar muy cerca. Sin duda era fumador.

— Ahora no puedo dejarte salir, aguanta un poco —dijo en un casi imperceptible susurro, y se marchó.

Al menos ahora estaba bien en cuanto al hambre, solo me atacaba el dolor de brazos y muñecas, pero también mi vejiga, la cual explotaría de un momento a otro. Mientras tanto escuché más voces, otras puertas que se abrían y cerraban, luego silencio.

No sé el tiempo que había pasado hasta que de nuevo llegó aquel hombre. Me ayudó a incorporarme de la cama, pero mis piernas estaban entumecidas y no podía casi ni andar.

— Mierda —susurró mientras me cogía en brazos, era realmente fuerte pues me llevaba sin el menor esfuerzo. —Siéntate ahí, espera te soltaré para que puedas... pero no intentes nada raro.

— No soy estúpida, estoy muerta de frío y entumecida, y tú pareces bastante fuerte por lo que ni en mil años se me ocurriría hacer algo, joder solo quiero mear.

Al liberar mis muñecas las manos comenzaron a temblarme compulsivamente. El hombre me dejó sola, sentada en el urinario. Luego aproveché también para quitarme la venda y refrescarme la cara. Me la puse de nuevo antes de salir. Sin duda y a pesar de la situación, estaba teniendo suerte, pues no creo que los compinches estuviesen del todo de acuerdo con el trato un tanto “especial” que recibía, por lo poco que pude deducir de las discusiones.

— *Debes estar arriesgándote mucho, ¿por qué me ayudas?*

— *Tengo mis razones... ¿puedes andar?*

Esta vez me sujetó por un brazo que se pasó por sus hombros. Era algo más alto que yo y efectivamente, corpulento. Me llevó de nuevo hasta la cama, pero no me volvió a atar las manos. Oí un chasquido de mechero y a continuación se podía oler el humo de un cigarrillo. Debí de abrir una ventana, pues una brisa fresca me azotó. Me hice un ovillo en la cama, únicamente llevaba puesto mi vestido corto negro, de tirantes.

— *¿Tienes frío?*

Vaya pregunta estúpida, pensé. Pues claro que tenía frío... Me limité a asentir con la cabeza. Al poco rato sentí una manta que me cubría.

— *Gracias.*

La verdad es que ya me encontraba mucho mejor, quizás si no fuese por él mi situación habría sido la misma que al principio.

— *¿Por qué te volviste a poner la venda? —me preguntó de repente.*

— *Bueno yo... solo quería refrescarme un poco y...*

— *No me refiero a eso, podías no haberlo hecho y verme, por lo que ya tendrías un rostro al que poder delatar, en el caso de que paguen tu rescate y te liberen, por supuesto.*

— *No te delataría.*

No sé por qué demonios solté aquello. Pero todas las pruebas me conducían a que aquel tipo solo recibía órdenes y no estaba en absoluto de acuerdo con ellas. Y por razones que desconozco, era amable conmigo. Ahora el hombre soltó una risotada.

— *No me delatarías... eso es muy gentil de tu parte.*

— *Aunque si debo reconocer, que siento cierta curiosidad por ver cómo eres y por saber tu nombre.*

— *Eres demasiado inocente, no me conoces, permito que estés recluida aquí pero nada te mantiene del todo a salvo. Será mejor que tengas cuidado. Sé que me estoy arriesgando, como bien has adivinado antes, pero créeme, soy un hombre de principios, llevo bien mis negocios, pero no soy un torturador, ni un maldito asesino.*

Sus palabras, sin duda, parecían sinceras. Aunque no viese su gesto, había un dolor oculto tras las mismas. Yo era su prisionera, sin embargo, en esa habitación, había dos personas recluidas.

17 de Septiembre de 1994

5º día de confinamiento

Los días pasaban despacio y el frío era realmente insoportable, a pesar de la manta, tenía los pies congelados y ese mismo frío te llegaba hasta los huesos. El hombre que me cuidaba me dijo que aguantase un par de días más. ¿Me dejaría por fin libre?

A ratos seguía escuchando voces y sobre todo discusiones. Ahora antes de abrir la puerta se oía el sonido de una llave. Entraron deprisa y cerraron de golpe, por lo que me asusté.

— Tranquila, soy yo.

Pero alguien aporreó la puerta con insistencia, luego hubo silencio.

— Mierda... —musitó mientras le oía caminar, aunque no podía verle, sabía que estaba nervioso.

— ¿Qué... qué ocurre?

— No es nada, no te preocupes, dentro de un par de días estaremos tranquilos.

A continuación escuché un gruñido de dolor.

— ¿Estás bien?

No sé por qué pregunté eso, pero lo hice, realmente me estaba preocupando por él, por lo mucho que se arriesgaba por mí a pesar de todo. En aquellos días no solo me daba de comer, sino que me permitía ducharme y traía ropa limpia, sabiendo que eso, no era lo acordado.

— Es solo un rasguño, realmente odio a esos tíos, en serio me ponen de muy mala leche.

Estaba claro que las discusiones que se oían terminaban en pelea.

— Si tienes un botiquín puedo ayudarte y...

— ¿Lo harías? —se sorprendió.

— Bueno, es lo menos que puedo hacer ya que si no llega a ser por ti mi condición aquí sería muchísimo peor y solo dios sabe lo que podrían hacerme. Mierda... —no pude evitar ponerme a llorar. Él se acercó y por primera vez me tocó la cara, tomándola entre sus manos.

— Eh, eh... no va a pasar nada, ¿entiendes? Toma, toca esto ¿sabes lo que es? —dijo mientras me ponía algo duro y metálico en la mano.

— Es la llave de esa puerta y yo soy el que manda, nadie te pondrá una mano encima, ¿de acuerdo? Obviamente no puedo pedirte que confíes en mí pero...

— No sigas, no importa, ¿dónde te duele?

Al sentarse en la cama lo hizo de espaldas a mí y me puso las manos en su costado. Me levanté un poco la venda para poder observar.

— Vaya, tienes un buen rasguño.

Entonces el hombre se levantó y fue a un armario, me levanté más la venda. Tan solo le vi de espaldas, se quitó la camisa y mi corazón comenzó a latir con mucha fuerza. Su pelo era largo y negro, la espalda ancha, corpulento, como ya suponía. Me bajé la venda en cuanto vi que se daba la vuelta.

— Toma.

De nuevo se sentó de espaldas a mí. Me dio algodón y alcohol. Comencé a curar esa herida y pesar de que le debía escocer terriblemente, no se quejaba. Cada vez tenía más curiosidad por ver cómo era o saber su nombre al menos, pero no con la intención de delatarle.

— Me gustaría mucho saber tu nombre, no me importa si me das uno falso, lo entendería... pero como ya te dije, no voy a delatarte, pero claro, sería imposible que me creyeras y...

— Saito. —dijo sin dudar.

Paré un momento de aplicarle el alcohol y quedé enmudecida por el asombro. Tuve la corazonada de que me dijo su verdadero nombre. Mi capturador era realmente mi guardián, mi protector. Me apoyé en su espalda sin pensarlo.

— Gracias, Saito. Por favor, déjame estar así, solo un momento más.

Podía sentir su calor, un calor que me relajaba, no... que necesitaba. Igualmente percibía los latidos de su corazón, el cual aumentaron su ritmo al poco de apoyarme. No era solo por su protección, en aquel momento me sentí una tonta y una estúpida. De todo el maldito mundo, me tuve que enamorar de aquel que me había quitado la libertad, pero a cambio me dio lo que más necesitaba en aquel momento. No podía ver su rostro, y no me importaba, no me importaba lo más mínimo. Tenía de nuevo ganas de llorar, pero me contuve. Luego me aparté y seguí con la herida, rezando para que no se diese la vuelta. Pero se levantó de la cama y me instó a que hiciese lo mismo, tomando mi mano. No dijo absolutamente nada. Sin soltar mi mano puso la misma sobre su propia cara. Pasé mis dedos por sus ojos, sus cejas, su nariz, sus mejillas. Me soltó la mano pero yo continué adivinando sus rasgos, empleando ahora ambas manos. Me aventuré a bajar por su pecho, por su musculado y perfecto torso. Terminé poniendo las manos cerca de su corazón. Fue entonces cuando me apesó una de ellas con delicadeza y me la puso en el lugar correcto, para que pudiese sentir aún más aquellos latidos, rítmicos e intensos. Su pecho se infló, respirando hondo.

— Ha pasado mucho tiempo. Tú creciste y ya te olvidaste de mí, de lo que una vez fui para ti. Eras tan solo una niña cuando te vi por primera vez en aquella fiesta que organizó tu familia. Tenías puesto un vestido de lazo, tu gesto era triste, siempre estabas sola. Desde entonces no he podido olvidarte. Ahora eres una mujer, una bella mujer... —rectificó. — Siento que las cosas sean de esta forma, pero era la única manera de poder acercarme a ti de nuevo. No pido que lo

entiendas y no pido que correspondas, solo quiero que me permitas ser tu protector, como una vez lo fui, aunque ya no lo recuerdes.

— Sí lo recuerdo...

Entonces supe que tenía que hacerlo, llevé mis manos por detrás de la cabeza, temblorosa. Aquel nudo estaba fuerte pero finalmente pude deshacerlo, respiré hondo, el corazón se me iba a salir por la boca. Separé despacio la venda de mis ojos, que aún mantenía cerrados. Entonces Saito me sujetó las muñecas.

— Lo que vas a ver, es tan solo un reflejo de mi dolor.

— No me importa cómo eres, sino quien eres —respondí. Entonces me soltó y alcé la cabeza, pues sabía que era más alto. Despacio abrí los ojos.

La imagen era borrosa al principio, pero poco a poco se fue enfocando. Aquel que era tan solo un fantasma, un sueño de niñez, ahora se veía nítido, delante de mí. No pude evitar abrir la boca por el asombro. Se podía decir que era terriblemente atractivo. Lo que más me llamó la atención fueron sus ojos, de un azul intenso. Sus facciones eran duras, con una prominente nariz y una boca sensual vestida con piercings de aro. Tenía igualmente cicatrices que le hacían parecer más rudo. Estas atravesaban sus cejas y sus ojos. El dolor que había dicho antes, quizá se refería a eso. No pude evitar llevar mi mano hasta una de ellas para tocarla.

— Esto... esto no es más que un sueño —se me ocurrió decir.

— Quizás, pero la vida en sí, es un sueño, ¿no te parece?

Asentí.

Solo dos días más. Ahora me sentía más tranquila, segura, sobre todo cuando estaba él. Cada vez que oía el ruido que hacía la llave en aquella cerradura, mi corazón palpitaba, se estremecía. Sin darme apenas cuenta, adoptaba otra postura en la cama. Pero no podía verle, seguía con la venda en los ojos, ya que la situación no había cambiado, yo era su prisionera. Oía sus firmes pasos por la habitación y luego se detenían justo a mi lado, sentándose en el borde de la cama, como hacía siempre. Pero esta vez, no dijo nada. Su olor y su respiración ya inundaban aquel oscuro cuarto, llenándolo de luz a pesar de mi oscuridad.

— Prisionera... —susurró, pues yo me hacía la dormida—...finalmente tu familia ha contactado y...

— No —le corté—... no quiero saberlo, no quiero saber nada. —hundí mi cara contra la almohada, pues ya sabía cuál era la respuesta. Pero él insistió.

—... no van a pagar el rescate.

Fue como si me cayese de golpe una jarra de agua fría, y francamente, no debía de sorprenderme, pero lo hizo. Era la terrible verdad, no me querían a su lado, no les importaba lo más mínimo. Saito me quitó la venda, pero tenía los ojos tan empañados en lágrimas que no podía ver, mi dolor me ahogaba, no me dejaba respirar, pero de pronto sentí su abrazo y rompí

a llorar, dejando salir todo el miedo, toda la incertidumbre, todo el dolor. Y en aquel momento fue como si un gran peso se fuese de mi cuerpo, dando paso a una nueva esperanza...